

JOYAS Y TESOROS DE LA ALTA EDAD MEDIA

POR EL PROFESOR PABLO MARTINEZ DEL RIO

EL duque de Brunswick y de Luneburgo, jefe de una de las casas más viejas de Europa, ha dispuesto hace poco tiempo del famoso tesoro de los Güelfos, que se hallaba vinculado con su familia desde las épocas más remotas y que en esta ocasión pasó a ser propiedad de un consorcio de anticuarios integrado por los señores Hackenbruch y Rosenbaum, de Francfort, y Goldschmidt, de los Estados Unidos. En virtud de dicha operación, ingresó en las cajas ducales una suma que se calcula en algo así como cinco millones de dólares y se registró, a la vez, un viejo fenómeno histórico ya muy conocido: la intervención de los ducados y de los escudos de Israel, paciente y laboriosamente acumulados, en los destinos de aquellos otros, hoy tan absurdamente ineficaces, y que sólo podían conquistarse a golpes de lanza y con la ayuda de un buen corcel. Los nuevos propietarios del tesoro, que antes lo exhibieron en Alemania y ahora lo exponen en Nueva York, esperan reembolsarse con creces de su inversión. Por el momento, ya han venido al Museo de Cleveland seis objetos, escogidos de entre los ochenta y dos de que se compone la colección. Pero los que se dedican al estudio de la alta edad media verán con especial interés un medallón de esmaltes sobre cobre, trabajo muy primitivo que quizá deba atribuirse a algún artífice franco de la octava centuria, y que representa la cabeza de Cristo.

Sería difícil exagerar lo que sirven las colecciones de esta clase para ilustrarnos sobre la mentalidad y el modo de ser de generaciones hoy desaparecidas. Nuestras ideas sobre la gran civilización de Sumeria, la primera civilización histórica, se apoyan en parte sobre los tesoros que se han hallado en las tumbas de Ur. Inútil decir lo que ha significado para los egiptólogos el descubrimiento, aún reciente, de todas las riquezas encerradas dentro de las cámaras sepulcrales de Tutankh-amen. Los tesoros de Hissarlik y de Micenas abrieron nuevos horizontes para la investigación; gracias a aquellos hallazgos puede decirse que surgió de improviso, ante los ojos atónitos de los historiadores, todo el espectáculo insospechado del fasto y del refina-

miento de esa lujosa civilización prehomérica que el rapsodista sólo había conocido en sus postrimerías.

Lo que se acaba de asentar podría también aplicarse, dentro de determinados límites, a toda la época que se inicia con las invasiones de los germanos a través del Danubio a fines del siglo IV y que, muchas centurias más tarde, y después de innumerables ajustes, habrá de dar lugar a ese florecimiento prodigioso que es la gran civilización medieval. Ante la pobreza de muchas de nuestras fuentes de información, tanto literarias cuanto monumentales, todo lo que podamos recoger, así aunque sea de un carácter netamente accesorio, adquiere una importancia extraordinaria, especialmente en lo que atañe a la historia del arte.

Hay, además, otro factor del cual no sería justo hacer caso omiso. Llamémoslo, a falta de mejor calificativo, el factor psicológico. Una obra de arte, por rudimentaria que sea, un objeto cualquiera, irrespectivamente de los usos a que haya sido destinado, establece inmediatamente una corriente espiritual entre nosotros y sus primitivos poseedores como nunca lo podríamos conseguir si nos atuviésemos exclusivamente a los libros, las crónicas, los anales, u otros medios de comunicación indirecta. Un hallazgo de esa naturaleza puede en un momento dado convertirnos en realidad casi palpable determinado episodio que hasta entonces pesaba sobre nuestra memoria en rígida estratificación de planos, de fotografías, y de páginas "in octavo". Incumbe, sobre todo, al historiador hallarse siempre en guardia contra esa temible concomitancia de los tipos de imprenta que hoy como nunca lo acecha a cada paso, y que, cuando no lo precipita sobre el falaz escollo de la estadística y de la economía, lo arroja en brazos de aquella otra escuela que ha querido investir a los guerreros de las primeras centurias con los sentimientos de la más exquisita complejidad contemporánea. El, menos que nadie, puede prescindir del amuleto.

Algo de lo anotado ocurre en el caso del llamado joyel del rey Alfredo, pieza que se remonta a una de las épocas más interesantes de toda la historia de Inglaterra. A fines del siglo noveno¹ los daneses, que desde hace tiempo se habían convertido en una verdadera plaga para los reinos anglosajones de la isla, cayeron una vez más sobre las tierras de Wessex. Un grupo, después de haber desembarcado, penetró hacia adentro y se instaló en Chippenham al abrigo de una gran palizada: otro saltó a tierra en las costas de Devon y comenzó a asolar la comarca circunvecina. La agresión se llevó a cabo en una época del año en que tanto por la inclemencia del tiempo cuanto debido al estado que guarda la mar, los invasores rara vez salían de sus madrigueras de la tierra firme: por lo tanto, nadie los esperaba.

1 A. D. 878

Existe una vieja leyenda, hoy caída en el más absoluto desprestigio, que nos pinta al rey Alfredo abandonado por todos los suyos y obligado a refugiarse, de incógnito, en la choza de un pobre vaquero, donde es reprendido con espereza a causa de una negligencia casera: el rey, cavilando al lado del fuego sobre sus desventuras, había permitido que se carbonizaran unos panes cuya custodia le había sido encomendada. Pero aunque la leyenda carezca de valor, no cabe discutir que Alfredo se vio precisado a ponerse a salvo con un grupo reducido de vasallos en el islote de Athelney, que se halla rodeado por los pantanos del Parret, y que fue ahí que comenzó a organizar la reconquista de sus dominios. Durante su permanencia en ese sitio debe haber extraviado una alhaja que llevaba sobre su persona. Lo cierto es que muchos siglos después, y en las inmediaciones de la granja que aun conserva el nombre de Athelney, se encontró en forma accidental, y a corta distancia de la superficie, un joyel que hoy se halla en el museo de la Universidad de Oxford, y en el cual puede leerse la divisa, en anglosajón: "Aelfred Mec Heht Gewyrca": "Alfredo me mandó fabricar". No son muchas las joyas que puedan jactarse de semejante abolengo.¹

Tampoco, desgraciadamente, abundan las que han logrado llegar a nuestros días. De los tesoros acumulados en Italia durante los tiempos gloriosos del imperio no queda, salvo rarísima excepción, más que la memoria, aunque sabemos que algunas de esas riquezas pasaron a manos de los diversos grupos invasores que asolaron la península: bárbaros del Norte, que, bajo la cabellera flamígera y tras los ojos cerúleos de ardiente mirar, albergaban un espíritu muy inclinado hacia los juguetes de esta clase. Los descendientes de Alarico el visigodo—cuyo sello por cierto se conserva aún en Viena—establecieron su residencia en Tolosa, y sin duda perdieron muchas de sus preseas cuando Clodoveo, después de aniquilar a Alarico II, en Vouillé² pudo posesionarse de la fértil Aquitania. Sin embargo, más de cien años después³ oímos hablar de un cuenco magnífico, todo él de oro, y que pesaba más de quinientas libras. Ya para esta fecha los reyes visigodos habían trasladado su capital a Toledo, pero dicho cuenco probablemente correspondía a parte del botín conquistado dos siglos antes. Lo cierto es que el conde Sisenando, gobernador de la Septimania, a raíz de su rebelión contra el rey Suintila, ofreció la pieza al monarca franco Dagoberto en pago de la ayuda que éste pudiese prestarle contra su señor. La rebelión tuvo éxito; Suintila fue recluído en un monasterio y Sisenando ocupó su lugar. Sin embargo, tal fue el dolor

1 Cf. Earle: *The Alfred Jewel*. Para la reconstrucción de este episodio he seguido muy de cerca al Profesor Oman. Cf. *England before the Norman Conquest*, pp. 445 et seq.

2 A. D. 507

3 A. D. 631

de los godos al ver que se iba a perder el cuenco para su nación, que se arrojaron sobre los legados de Dagoberto y lo reconquistaron por la fuerza, enviándose en vez al franco la suma, verdaderamente enorme para esa época, de doscientos mil sólidos de oro, que hoy por lo menos equivaldría a un millón y medio de pesos.

Ligado con la memoria de los reyes visigodos se halla un importante descubrimiento, llevado a cabo en forma meramente accidental a mediados del siglo pasado, en términos del poblado de Guarazar, de la provincia de Toledo. Se encontraron, en esta ocasión, doce coronas y ocho cruces que constituyen, según un experto,¹ "modelos originales de pura orfebrería hispánica, acusando, no obstante, diversas influencias locales y sobre todo bizantinas". Las coronas, que consisten en un ancho aro de oro formado por dos placas, llevan incrustadas diversas piedras preciosas. Las inscripciones no dejan lugar a duda de que se trata de coronas votivas que debieron colgar ante algún altar, como también lo comprueban las cuatro cadenillas de que se hallan provistas. Las más importantes son las que ofrecieron los reyes Suintila y Recesvinto. Unas ingresaron al Museo de Cluny, en París; otras se conservaban en la Armería Real de Madrid, de la cual fueron desgraciadamente sustraídas por unos malhechores, que posteriormente las destrozaron.

No es naturalmente de suponerse que estas preesas hayan jamás formado parte del tesoro real propiamente dicho. Asegúrase, no obstante, que el deseo de posesionarse de dicho tesoro fue uno de los móviles de la invasión mahometana. Isidoro de Toledo cita desde luego una mesa, hecha sin duda de alguna substancia vitrificada que tenía el color de la esmeralda y que cayó en manos de los invasores cuando éstos se posesionaron de la capital; dice que estaba rodeada de tres hileras de piedras preciosas y que la sostenían trescientas sesenta pequeñas columnas de oro. Sus nuevos poseedores parecen haberla tenido en alto aprecio, ya que a ella indiscutiblemente se refiere otro autor, el geógrafo árabe Edrisi, que escribió en la corte de Sicilia cuatrocientos cincuenta años después del suceso. "Cuando los musulmanes se hicieron dueños de Andalucía—dice—encontraron en esa ciudad (sic) riquezas incalculables, entre otras ciento setenta coronas de oro enriquecidas con rubíes, perlas y pedrerías; mil sables reales ornados de gemas; perlas y rubíes en cantidades increíbles; un gran número de vasos de oro y de plata, y la mesa de Salomón, hijo de David, la cual, se dice, estaba hecha de una sola esmeralda y se encuentra ahora en Roma".²

El nombre del gran rey hebreo nos trae a la memoria otro grupo importante de riquezas que legó a la Edad Media el mundo de la an-

1 Sentenach.

2 He utilizado la traducción de Dozy y de Goeje, Leyden 1866. Me parece asegurada esta identificación; ignoro, sin embargo, si ya había sido advertida.

tigüedad. Se trata del cúmulo de objetos pertenecientes al tesoro de los Césares que en parte escaparon a la rapacidad visigoda y en cambio cayeron en poder del vándalo Genserico cuando dicho personaje—uno de los más grandes, pero también uno de los más funestos de todos los reyes germánicos del tiempo de las invasiones—ocupó la Ciudad Eterna a mediados del siglo quinto.¹ Muchas de aquellas preseas provenían, a su vez, de los diversos santuarios despojados por Tito en ese momento trágico para el pueblo escogido, la destrucción de Jerusalén.² Entre ellos se encontraba el famoso candelabro de los siete brazos, que del templo de Herodes pasó a Roma y todavía se halla perpetuado en los bajos relieves del arco que lleva el nombre del famoso emperador. Durante su estancia en la capital del imperio, sufre el candelabro todo género de vicisitudes: se le arroja, en una ocasión, al fondo fangoso del Tíber, y luego se le coloca entre los esplendores del Palatino. Genserico, que había ocupado la cabecera de la provincia de Africa unos años antes, ahora se lo lleva consigo a Cartago, que el vándalo, con su extraordinario espíritu de empresa y su gran talento organizador, ha transformado de tranquila y opulenta capital de provincia en temible nido de corsarios. Y ahí, en poder del feroz arriano y de sus sucesores, ha de permanecer cerca de ochenta años.

Pero entonces³ una flota que comprende quinientos transportes y cerca de cien bergantines desciende lentamente las aguas del Bósforo y recibe la bendición del patriarca de Constantinopla. El emperador Justiniano ha decidido reconquistar la provincia perdida y su flota lleva un ejército fuerte en diez mil infantes y cinco mil hombres de caballería, los terribles "catafracti" de Bizancio, que, no obstante su pesada armadura, y cabalgando a galope tendido, saben lanzar flechas en todas direcciones. El rojo velamen de la galera de Belisario, el gran general del Imperio, sirve de guía para toda la expedición, que desembarca sin tropiezo en las costas africanas y después de dos combates sangrientos vence la resistencia de los vándalos. Por tercera vez, el candelabro atraviesa el Mediterráneo, y Belisario, a quien concede Justiniano todo género de honores, lo exhibe en el Hipódromo, con el resto del botín logrado. Pero, en ese momento, dice el historiador Procopio, "uno de los judíos se acercó a algún conocido del emperador y le dijo: No creo conveniente que estas riquezas entren al palacio de Bizancio. En verdad, no deben estar en otro sitio que no sea el lugar donde Salomón, el rey de los judíos, las colocó en otros tiempos. Porque a ellas se debe que Genserico haya tomado el palacio de los romanos, y que el ejército de los romanos (los bizantinos seguían intitulándose así) se haya apoderado a su vez del palacio de

1 A. D. 455.

2 A. D. 70.

3 A. D. 533.

los vándalos. Y cuando supo estas palabras el emperador, le entró temor, y mandó todo a los santuarios de los cristianos en Jerusalén".¹ De esa manera, después de un destierro de cerca de cinco siglos, y de conocer tres continentes, el candelabro y los demás tesoros de la nación hebrea volvieron a la ciudad de la cual habían sido arrebatados por la mano extranjera.²

Existe un tesoro que casi se remonta a la misma época, pero que milagrosamente ha subsistido hasta nuestros días. Hállase en la catedral de Monza, construcción posterior que vino a substituir a la vieja iglesia dedicada a San Juan Bautista por la virtuosa reina lombarda Teudelinda. La reina no sólo hizo que se consagrara la iglesia sino que, como advierte el cronista,³ "la decoró con muchos ornamentos de oro y plata", de los cuales algunos pueden verse todavía. Consérvase, entre otras preseas, la famosa corona que ha ceñido las sienas de tantos emperadores, entre ellos Carlos V y Napoleón, y que, según una piadosa leyenda, lleva al reverso uno de los clavos de la Pasión. Admírase también un grupo curiosamente labrado que representa una gallina con sus polluelos, todos de plata dorada. Fruto del arte de una nación que apenas comienza a asimilar la cultura imperial, como lo era entonces el aluvión de "faras", o tribus, lombardas, estas piezas quizá debieron simbolizar la Lombardía y sus siete provincias. No contenta con esos obsequios, Teudelinda hubo de añadirles diversos objetos de su uso personal: su peine, su abanico. . . El tesoro, que ha tenido que salir en dos ocasiones para garantizar el cumplimiento de otros tantos convenios de estado, ha sufrido pérdidas de consideración.

Descúbrese también muchos recuerdos de la dominación lombarda de Italia en el museo de Cividale, el "Forum Julii", que tanto figuró durante muchos siglos y que ahora no es más que una modesta población de cuatro mil habitantes. Entre dichos recuerdos debe citarse una "pax" de marfil que representa la Crucifixión y que, como todas las piezas de este género, se pasaba entre los fieles durante las ceremonias religiosas. Ese objeto es único en su clase ya que nos hace ver, entre otros personajes, al sol, bajo el aspecto de una adolescente, y a la luna, representada por un anciano, extraños conceptos alegóricos que se hallan enteramente de acuerdo con el viejo antropomorfismo religioso de los germanos, que aun sobrevive en el género gramatical de las palabras que sirven para designar al sol y a la luna en el alemán de hoy.⁵

1 Cf. Procopio. *De Bello Vandalico*. II. 9.

2 Estos tesoros han ocupado la atención de varios autores, entre otros, Re-land y Doederlein.

3 A. D. 590

4 Pablo el Diácono. *Historia Langobardorum*. IV. 21.

5 Cf. Hodgkin: *Italy and her Invaders*.

Es, sin embargo, en las Galias donde mejor podemos seguir, por lo menos en sus comienzos, el proceso evolutivo de la joyería medieval. Al destruirse una casa contigua a la vieja iglesia de Saint Brice, en Tournay,¹ los operarios dieron accidentalmente con la tumba de Childerico, régulo franco de ese lugar, y padre de Clodoveo, el fundador de la primera monarquía francesa.² Aparte de los restos del guerrero, se descubrió dentro del mismo sepulcro otro esqueleto, así como una serie de objetos que sin duda creíase podrían hacer falta al franco en la vida del más allá; dos espadas, una "francisca" o hacha de combate, diversos ornamentos de oro labrado con pedrerías y una sortija con el sello del rey, inscrita "Childerici Regis"; ésta nos lo muestra con la larga cabellera que era de rigor entre los reyes merovingios dividida en dos trenzas que caen a cada lado del semblante. Una de las espadas, provista de rica empuñadura de oro laminado y sobriamente adornada con esmaltes rojos, resulta de un gusto irreprochable. Además de todo lo anterior, se encontraron más de trescientas figurillas de oro en forma de abejas, piezas que poseen un interés adicional desde el momento que posteriormente, y de acuerdo con los deseos de Napoleón, hubieron de sustituir a los lises de Francia y ejemplares como símbolos de la dignidad imperial. Parte de estos objetos todavía puede contemplarse en el Louvre: otros, desgraciadamente, desaparecieron a mediados del siglo pasado.

En estrecha relación cultural con los objetos descubiertos en el sepulcro de Childerico se hallan las numerosas preseas encontradas hace todavía poco tiempo en un antiguo cementerio franco de Colonia por el doctor Fremersdorf. Trátase, en su mayor parte, de hebillas, de discos para collares, y de diversos otros artículos de uso personal. Todos ellos, según su descubridor, "presentan ante nuestros ojos un verdadero desfile de alegres combinaciones polícromas, con piedras de muy diverso colorido y una serie de temas decorativos ejecutados en filigrana, y de lo más movidos". Datan desde el siglo VI y nos revelan que en esa época existían, o mejor dicho, seguían existiendo a orillas del Rhin artífices muy adiestrados en el uso de los metales preciosos.

Pero eso no debe llamarnos la atención. Si bien es verdad que por una parte la orfebrería hubo de resentirse profundamente con motivo de las incursiones teutónicas, no por ello hemos de considerar por un solo momento que haya dejado de existir. Regístrase, si se quiere, un verdadero salto hacia atrás: ya no es la expresión casi impecable, desde el punto de vista técnico, de ese modo exquisitamente refinado que llegó a ser el Imperio en sus momentos culminantes. Pero, en cambio, según se vayan consolidando los diversos estados que se establecen

1 A. D. 653.

2 Childerico murió en 481.

dentro de los antiguos confines imperiales, el artífice dispondrá de un campo de acción cada vez mayor.

No podía ser de otra manera: una época que llegará a creer que el topacio puede sacar a flote los barcos sumergidos, que el ámbar cambia a los hombres en árboles, y que el diamante contrarresta los maleficios y sortilegios, tiene forzosamente que ofrecer un terreno propicio para el tallador de gemas o el engastador de cabujones. Por otro lado, cada día van en aumento la fuerza moral y los recursos materiales de la Iglesia; junto con ellos, se acrecenta la demanda por todos los diversos objetos litúrgicos. Los relicarios—pequeñas encolpias cruciformes en un principio—evolucionan lentamente hasta convertirse en verdaderas obras de arte de una complicación infinita que obligará al artífice a echar mano de todos los recursos de que dispone; repujado, nielo, esmaltado, engaste de pedrerías, creándose entre tanto y siempre bajo la égida de Bizancio, una verdadera industria que se extiende con rapidez y que, dignificada por hombres de la talla de Eligio, alcanza casi a superar las demás actividades artísticas del tiempo.

Como hemos ya tenido ocasión de observar, los tesoros de los grandes personajes de toda esa época no solamente se formaban de objetos pequeños, propios para adornar la persona o para ostentar sobre las armas o la indumentaria, sino igualmente comprendían cosas de gran *voulmen* que hoy día colocaríamos entre el mobiliario. Esto, naturalmente, no sólo debe atribuirse a la inseguridad de los tiempos y a la escasísima industrialización medieval, factores ambos que colocaban a toda la riqueza mueble en situación privilegiada con relación a la única otra forma de inversión de que se disponía—las tierras—, sino también a ese afán de lujo y de boato que en épocas más modernas ha venido manifestándose en obras de un gusto tan problemático como lo es el famoso "Trono del Pavo Real", que pertenece al Shah de Persia.

Tenemos diversas noticias respecto de uno de los más importantes tesoros de esa época, el de Carlomagno, gracias a las disposiciones testamentarias del gran emperador, que nos han sido legadas por su contemporáneo, el cronista Einhard.¹ El soberano ya había dividido sus bienes, antes de su muerte, en tres grandes lotes, dos de los cuales hubieron, a su vez, de ser materia de subdivisión especial, con el objeto de que, al fallecimiento del testador, se repartiesen entre las veintiuna iglesias metropolitanas del imperio. Entre los objetos citados, y confirmando lo que se acaba de asentar, se mencionan cuatro mesas de metales preciosos; dispuso Carlomagno que una de ellas, "de forma cuadrada y sobre la cual figura la ciudad de Constantinopla", se obsequiase a la basílica de San Pedro, que debió siempre conservar

1 Al final de la *Vita Karoli*.

los más gratos recuerdos para el monarca. "Otra, que es redonda y tiene una vista de la ciudad de Ravena, habrá de darse a la iglesia catedral de dicha ciudad. La tercera, que excede a todas las demás por la belleza de su ejecución y también por su peso, y que consiste de tres círculos que explican todo el universo. . . deberá añadirse, junto con la mesa de oro que, según se ha dicho, constituye el cuarto de estos objetos, al lote de cosas que habrán de repartirse entre sus herederos y distribuirse en limosnas."

¿Qué pasó con todas estas piezas? Desgraciadamente, nuestras noticias no podían ser más deficientes. Sabemos que la mesa de los círculos fue distribuída a pedazos por Lotario entre su tropa.¹ Diversos objetos, junto con otros de dudosa autenticidad, y que no se citan expresamente en el testamento, permanecen todavía en Aquisgrán o se encuentran en distintos museos del Continente. Exhíbese, en Viena, la supuesta corona imperial. Pero en la generalidad de los casos se impone proceder con mucha cautela, ya que rara vez se cuenta con datos suficientes para poder extenderles patente de legitimidad.

Existe, por ejemplo, en la antigua abadía benedictina de Saint Foy de Conques un relicario que tiene cierta semejanza con una letra A mayúscula, el cual durante muchas centurias, y conforme a una tradición difícil de calificar, se ha tenido como obsequio del emperador. De atenernos a dicha leyenda, ordenó Carlomagno que se labrasen veintitrés objetos semejantes, uno por cada letra del alfabeto, y a fin de distribuirlos entre otras tantas fundaciones eclesiásticas. Pero cualquiera que haya leído el testamento a que ya hemos hecho alusión, notará inmediatamente la analogía que existe entre la leyenda y la disposición en favor de las iglesias metropolitanas. ¿No se tratará, por lo tanto, de una ficción inspirada en los mismos escritos de Einhard, los cuales, como se sabe, circularon profusamente en todos los monasterios durante las épocas posteriores? A mi entender, el argumento es decisivo, y más todavía si se admite la opinión de algunos expertos autorizados que sostienen que, a juzgar por su fabricación, la pieza no puede remontarse hasta los tiempos que se le atribuyen.

Trátase, sin embargo, de una alhaja muy bella que abona, además, la honradez y la lealtad de los campesinos de la región, los cuales, durante los momentos más difíciles de la Revolución Francesa, se constituyeron depositarios de este y de los demás objetos que constituían el tesoro de la abadía, y los reintegraron religiosamente algún tiempo después. Peor suerte corrió, en esos momentos tan aciagos para todo lo que se relacionaba con la monarquía, aquella otra alhaja famosa, la ampolla que desde tiempo inmemorial servía de receptáculo para el óleo que se utilizaba en la consagración de los reyes de Francia y que se conservaba en la catedral de Reims. Pero en esto los pies des-

1 A. D. 842.

tructores del jacobino Reuilh no hicieron más que seguir un precedente que sería a todas luces injusto atribuir a los republicanos ya que en tiempos en que nadie pensaba en semejante forma de gobierno, o sea en plena época de Carlos Martel, la misma catedral de Reims hubo de presenciar escenas muy parecidas, que han venido sucediéndose en cada época y en cada nación.

Hay otro joyel relacionado con Carlomagno que, aunque quizá deba considerarse con cierta reserva, no por eso deja de merecer atención. Cosmopolita en sus ideas y en sus propósitos, sostenía el emperador relaciones amistosas con los príncipes más lejanos, y entre ellos con aquel famoso abasida que todos conocemos a través de la grandiosa imaginaria de "Las Mil y Una Noches", el califa Harúm-ar-Raxid. Estas relaciones eran tanto más cordiales cuanto que Carlomagno deseaba guardar expedita para sus súbditos la ruta de Jerusalén, estableciéndose así por primera vez esa política levantina que con tan singular perseverancia ha venido ejerciendo Francia hasta nuestros días.

Suscitóse con ese motivo entre el califa y Carlomagno un intercambio de obsequios del género más variado. Tenemos, por ejemplo, noticia de un elefante, el famoso Abul Abas, o "padre de la devastación", que llegó a las costas de Italia en julio de 802 y murió en Lippenheim ocho años más tarde. Háblase también de diversos objetos preciosos de gran valor. Y es posible que entre dichos objetos se hallase cierto pendiente de perlas y zafiros, que enterrado con el emperador y exhumado cuando se abrió su tumba algunos siglos más tarde, llegó con el tiempo a parar en poder de Napoleón.

He ahí, por lo menos, la versión que nos ha transmitido el ilustre académico, M. Maurice Paléologue, en el libro de piadosa exégesis que, a propósito de la última emperatriz de los franceses, publicó hace poco tiempo.¹ Pero atengámonos a sus palabras, o mejor dicho, a las palabras de la emperatriz, que fue la penúltima poseedora del talismán. "Este—dijo en alguna ocasión la noble señora—era para mí como la misma niña de mis ojos. Estaba al lado de mi cama el día que nació el príncipe imperial... Pero, ya que después de 1879 me encontré sin heredero directo, se me presentó un problema que llegó a ser para mí una verdadera causa de preocupación; después de mi muerte ¿qué pasaría con la reliquia? En muchas ocasiones, con un pretexto u otro, el arzobispo de Colonia y el cabildo de Aquisgrán me habían rogado que la reintegrara al tesoro corolingio. Neguéme con firmeza. Después, pensé dársela en vida al papa León XIII, en memoria del papa León II, que fue el que coronó a Carlomagno... Entonces estalló la guerra de 1914. El horror que me causó el bombardeo de Reims me sirvió de súbita iluminación." Y es en el seno de dicha ca-

1 Maurice Paléologue: *Les Entretiens de l'Impératrice Eugénie*.

tedral, una de las glorias arquitectónicas del mundo entero, y afortunadamente ya repuesta de sus honrosas heridas, que yace el famoso amuleto del genial emperador.

Precisa desgraciadamente cerrar esta crónica con una nota sangrienta, o mejor dicho, con una sucesión de notas sangrientas, y para ello tenemos que volver una vez más la imaginación hacia las orillas del Tigris y evocar, de nuevo, el fausto de la corte de Harúm-ar-Raxid de Bagdad. Pero en esta ocasión se trata no tanto del califa cuanto de su consorte, la "flor de las damas" que todos hemos conocido en el mismo libro, la Zobeida de nuestros recuerdos juveniles. ¿En qué momento, cargado de tragedia y de destrucción para tantos seres venideros, pudo tomar forma por primera vez esa presea funesta, el sartal o cinta de caderas, toda ella de aljójar y pedrerías, que después de ceñir el tallo de la sultana, hubo de proyectar su maleficio a través de más de siete siglos de atormentada complicación? ¿Quién sería el artífice a cuyas manos fue confiada su hechura? Imposible de saberlo. "El collar de los agujones de escorpión", lo llama un cronista. Y el título no pudo haber sido más apropiado.

De atenernos a la versión brillantemente reconstruída y no menos brillantemente explicada por el más docto y sutil de todos los historiadores cidianos¹ pasa la joya, en forma que no deja de resultar un tanto obscura, de manos de Zobeida a las de su hijo Amín, y a raíz de la muerte violenta de éste,² y del saqueo de sus palacios, es llevada al otro extremo del mundo civilizado, o sea hasta el corazón de Andalucía. Fue, varios siglos más tarde, del rey Alcádir de Valencia, protegido y tributario del Cid. Entonces, por una corta temporada, la historia de la alhaja es casi la historia de Rodrigo. Ausente el Cid, convaleciente aún Alcádir de grave enfermedad, fráguese entre los descontentos de Valencia la conspiración que, encabezada por Ben Yehhaf, ha de reivindicar el honor de Islam. Basta su propia audacia, y un "ejército fantasma" de veinte almorávides que se presenta, al romper el día, frente a la puerta de Boatella, para que Ben Yehhaf y los suyos queden amos de la situación.³ Alcádir, disfrazado de mujer, y llevando consigo el sartal, tiene apenas tiempo de huír de su palacio y de refugiarse cerca de un baño. Pero sus días están contados. Encuéntralo, poco después, un esbirro de Yehhaf, y Yehhaf, implacable hasta el fin, consigna la cabeza de su señor a un estanque y hace que su cuerpo sea arrojado a un muladar.

Durante algún tiempo, Yehhaf queda dueño de Valencia y, de paso, del sartal. Pero la justicia, en este caso representada por Rodrigo, se acerca inexorable. El Cid viene a cercar la ciudad, y ésta, ante

1 Ramón Menéndez Pidal: *La España del Cid*. Tomo 2o.

2 A. D. 813. Pero Zobeida, colmada de honores, lo sobrevivió. ¿Es posible reconciliar estos hechos?

3 A. D. 1092.

la constancia y el empuje del castellano, no tiene más recurso que rendirse. Rodrigo obra con calma, pero no ha podido olvidar; nada sirven a Yehhaf—que trata, hasta lo último, de salvar sus riquezas— todos sus falsos juramentos. El usurpador muere en medio de los más espantables suplicios, y Rodrigo, vengador, se posesiona del sartal.

Pero no hemos llegado todavía al término de la jornada. Por conductos que ignoramos, y en fecha imposible de precisar, cae el sartal en poder de la corona, y muchos años después, se apodera de él ese otro "allegador de tesoros", don Alvaro de Luna. La figura del condestable, músico, poeta, caballero, hombre de estado, flagelo de ensoberbecidos y a la vez víctima de su propia soberbia, resplandece por una generación en el cielo castellano. Luego, es el cadalso; y un garfio para esa cabeza tan altiva. El sartal, escondido entre dos pilares del Alcázar de Madrid, surge por un momento a la luz del día y desaparece para siempre.¹

Tal, suponiendo que se consideren resueltas en forma satisfactoria algunas objeciones que se presentan, es la historia de esa alhaja maravillosa. Reconozcamos, por lo menos, que de vez en cuando aun los que cultivan a Clio tienen que rendir tributo al Príncipe de Dinamarca.